

En 1863 terminaba el período legal de la Cámara elegida en 1857, y por consiguiente había que proceder á nuevas elecciones.

El nuevo período electoral no se presentaba tranquilo ni infundía la misma unanimidad que el de 1857; por el contrario, todos los partidos se aprestaban á la lucha, y en especial el republicano, que trabajaba activamente por agregar á sus cinco diputados de la legislatura anterior todos cuantos le fuera posible.

El gobierno por su parte también se preparaba á trabajar en las elecciones, y ya en los últimos meses del período electoral se esforzó por inspirar confianza y disponer á su favor la opinión pública. En el discurso del trono de 1863 dijo el emperador que habría considerado como una ingratitud disolver la Cámara antes de haber terminado su período legal; que había pasado ya el tiempo en el cual el gobierno se había valido de cualquier accidente feliz para asegurarse los votos de un número limitado de electores, y que el sufragio universal no cambiaba su convicción á cada ligero soplo que moviera la atmósfera política. Siempre estaba dispuesto, añadía, á sancionar todo lo que pedía el interés de la mayoría, y por consiguiente del país; pero éste también debía cooperar á ello, eligiendo representantes que aceptaran, como los de entonces, sin segunda intención, el sistema vigente de gobierno, y que animados del espíritu de la época y de verdadero patriotismo estuviesen decididos á ilustrar al gobierno con completa independencia y á posponer todos los intereses de partido á la grandeza de la patria.

Morny, presidente del Cuerpo legislativo, redactó la contestación á este discurso siguiendo las indicaciones del mismo Napoleón, según se aseguraba, y en el final se decía que la Cámara tenía la confianza de que el país respondería á los deseos del emperador y elegiría representantes cuyo único objeto sería confirmar completamente la alianza de la dinastía con la libertad.

Los partidos en general estaban mal apercibidos para la lucha, y en aquellos en que no reinaba la división como en el republicano, fraccionado en los tres grupos de radicales ó demagogos, hombres de 1848 y grupo de los jóvenes, reinaba la falta de decisión, como en el orleanista, ó la resistencia de los jefes á autorizar á sus partidarios á emitir su voto, como le sucedía al legitimista. En cambio el gobierno contaba para dirigir las elecciones con un hombre que á

la constancia, actividad y energía jamás desmentidas, unía al propio tiempo la propiedad de no retroceder ante medidas arbitrarias, siquiera astutamente veladas por el más entusiasta liberalismo. Este hombre era M. de Persigny, ministro del Interior, cargo que ejercía por segunda vez, aunque su carácter batallador, sus bruscas salidas y su franqueza á veces rayana en rudeza tenían disgustado al emperador.

El 8 de mayo dió á conocer el ministro su programa en una circular á los prefectos. Después de hacer una exagerada apología del Imperio «que había restaurado el orden moral, político y religioso, duplicado la fortuna inmueble, aumentado la mueble en siete ú ocho mil millones, surcado todo el territorio de carreteras y vías férreas, devuelto en fin á nuestra política exterior la influencia que había perdido,» añadía que, como la confianza del país había permitido al emperador llevar á cabo esta grande obra, el monarca apelaba de nuevo á esta confianza. «El sufragio es libre,» decía el ministro; pero á continuación agregaba: «Con el objeto de que la buena fe de las poblaciones no pueda resultar engañada por sutilezas de lenguaje ó profesiones de fe equívocas, designará usted (encargaba á los prefectos) claramente, como en las elecciones anteriores, los candidatos que inspiren más confianza al gobierno. Sepan los pueblos cuáles son los amigos ó los adversarios más ó menos disfrazados del Imperio, y que se pronuncien con toda libertad, pero con pleno conocimiento de causa... El gobierno no puede recomendar á los electores sino personas adictas sin reserva á la dinastía imperial y á nuestras instituciones.»

A esta circular siguió el empleo de los medios que le proporcionaba su elevado puesto, y en cuyo uso Persigny no anduvo parco. El Código penal y la ley de 10 de abril de 1834 le autorizaban para disolver toda asociación, para impedir toda reunión pública, y ya el 1.º de mayo una nota inserta en el *Monitor* recordaba que todo comité compuesto de más de veinte personas estaba prohibido, por más que se fraccionase en subcomités que no llegaran á dicha cifra. El decreto de 1852 sobre la prensa ponía los periódicos á su albedrío, y no omitió el hacer uso de las facultades que dicho decreto le confería. Según la ley electoral vigente, las circunscripciones no correspondían á los distritos territoriales, sino á la cifra de la población á razón de un diputado por cada 35.000 electores. Como esta falta de fijeza las prestaba á toda clase de modificaciones, el gobierno no se abstuvo de introducirlas y en veintinueve departamentos cambió las antiguas divisiones. Como la ley exigía que para emitir su voto cada elector presentara un certificado acreditando llevar seis meses de residencia en el lugar de la elección, se dificultó en lo posible la expedición de estos certificados, y para París solamente, cuya población había aumentado desde 1857 en 226.000 habitantes, se redujo por este y otros medios análogos el número de electores de 358.000 á 326.000, en cuya consecuencia la capital, en lugar de diez, sólo podía elegir nueve representantes, cuando la oposición había calculado catorce á causa del aumento de población. Es inútil afirmar

que todos los empleados de los departamentos, aleccionados por los prefectos que habían recibido sus instrucciones, estaban obligados á trabajar por el triunfo de los candidatos ministeriales.

Por lo que respecta á la oposición, ya hemos dicho antes que el partido republicano era el que más se agitaba, aunque no en las poblaciones rurales, donde contaba con pocos partidarios, sino en las grandes capitales. Quien más trabajó para conseguir que dicho partido se reanimara y aunar voluntades discordantes fué Garnier Pagés, el antiguo individuo del gobierno provisional, que á pesar de su edad ya avanzada recorrió toda la Francia durante los primeros meses de 1863, predicando de ciudad en ciudad á los republicanos la concordia, la esperanza y la acción.

A fin de asistir con sus consejos á sus correligionarios contra los abusos de la administración, se unieron varios jóvenes abogados del partido republicano, con Julio Ferry á su cabeza, para la publicación de un «manual del elector,» y les ofrecieron además sus servicios personales. Con gran celo se declaró este grupo contra la abstención que recomendaban los republicanos viejos, y aunque aquéllos estaban en parte disgustados porque Ollivier, en el curso del debate sobre la contestación al discurso del trono, había rechazado la acusación de que hiciera una oposición sistemática, tomaron de nuevo su partido con mucha decisión los más influyentes entre los opositores, Ferry y Gambetta. De Darimón les disgustó que tuviera relaciones con el príncipe Napoleón; pero también de esto se prescindió y se decidió apoyar de todos modos la reelección de los cuatro opositores de París, pues que Henón había salido elegido en Lyon. Los cuatro opositores supieron apreciar en todo lo que valía el auxilio que aquellos jóvenes les ofrecieron, porque de los antiguos poco podían esperar. Carnot, Proudhón, Bastide y otros no quisieron renunciar al sistema de abstención, y á lo más querían entregar papeletas en blanco, como una especie de demostración; otros se empeñaron en protestar contra la elección de Ollivier y Darimón, á los cuales acusaban de no ser ya verdaderos opositores, y otros se esforzaron en introducir nuevas candidaturas, como las de Havin y Guérault. La lucha entre estos grupos se ensañó tanto, que la confusión hizo probable durante semanas la derrota de la oposición. Sólo cuando al fin de la legislatura los cinco opositores dieron pública cuenta de sus actos y se reunieron en un comité con las redacciones del *Siècle*, *La Presse* y *La Opinión Nationale*, se aclaró gradualmente la situación y fué posible comprometer á la mayor parte de los oradores de los diferentes grupos para formar una lista de candidatos. En ella, al lado de Favre, Ollivier, Picard y Darimón, figuraron también Havin, Guérault, Julio Simón, Pelletán y Thiers. Guérault y Thiers fueron los que menos votos tuvieron para ser incluidos en la candidatura; pero Persigny cometió una gran torpeza, que hizo aceptar á Thiers. Temiendo que este viejo parlamentarista llegara á tener influencia sobre el emperador y consiguiera la vuelta al sistema constitucional, escribió el ministro en 21 de mayo una carta al prefecto Haus-

mann para prevenir á éste contra Thiers, como persona deseosa de restablecer un régimen que en diez y ocho años sólo había producido impotencia en el interior y debilidad en el exterior, y que se había hundido en la revolución de la cual había salido. Según Persigny, no convenía que el sufragio universal pusiera enfrente del gobierno que había sacado á la Francia de un abismo al hombre precisamente que la había precipitado en él. El resultado de esta carta, reforzada por un manifiesto simultáneo de Hausmann, fué contrapro-



Julio Ferry

ducente, pues una multitud de republicanos que hasta entonces habían sido partidarios de la abstención, decidieron salir de su retraimiento y emitir su voto.

El partido legitimista también se agitaba, aunque contenido por las terminantes órdenes que su jefe, el conde de Chambord, comunicaba desde Froshdorff recomendando el retraimiento. A pesar de esto, uno de sus hombres más eminentes, M. Berryer, no podía persuadirse de que la resolución fuese definitiva, y luchando con su fe realista, su conciencia y su patriotismo, vaciló algún tiempo antes de presentar su candidatura. Al fin, cediendo á las instancias de sus amigos y correligionarios y á las excitaciones de algunos obispos, resolvióse, aunque con el dolor de desobedecer á su jefe, y aceptó la candidatura por Marsella, donde su nombre, su elocuencia y el recuerdo de antiguos servicios prestados le habían hecho popular.

Los católicos puros se aprestaron también á la lucha, así como los orleanistas, y todo anunciaba que las elecciones habían de ser muy reñidas.

La votación se había fijado para los días 30 y 31 de mayo. La primera de estas fechas coincidía con las carreras de caballos del *Gran Premio*, por lo cual el número de electores fué escaso en París; pero al otro día cambió el aspecto de las cosas, y aquéllos acudieron en tropel á los comicios.

El resultado fué que de los nueve candidatos de la oposición, ocho triunfaron desde luego, casi todos por diez y siete á diez y ocho mil votos contra siete á once mil que alcanzaron sus competidores, y si Pelletán no alcanzó entonces la mayoría necesaria, antes de fin de año la obtuvo con creces en una nueva votación.

Para el gobierno fué un golpe formidable el brillante éxito de los candidatos de la oposición en París, y además sufrió también notables reveses en los departamentos. En algunas grandes ciudades venció asimismo la oposición liberal, como en Lyon, donde además de Henón fué elegido Julio Favre; en el departamento de las Bocas del Ródano, donde obtuvo mayoría Marie, y en Nantes Lanjuinais; Havin salió triunfante en dos distritos, y en las costas del Norte Glais Bizoin. Mayor éxito obtuvieron todavía los clericales enemigos del gobierno. Éstos votaron á Dupanloup y otros seis obispos, que fueron apoyados por los republicanos en los distritos donde éstos no se vieron con fuerzas para triunfar. Gracias á este auxilio, obtuvo Berryer los votos de los electores de Marsella, siendo elegidos también otros veinte diputados clericales combatidos por el gobierno. Así, pues, la oposición reunida había conseguido treinta y seis diputados; y si bien este número apenas formaba la octava parte de la Cámara, que entonces se componía de doscientos ochenta y tres miembros, robustecieron su importancia hombres como Thiers y Berryer hasta un grado difícil de apreciar. Aumentó todavía el triunfo de la oposición el hecho de haber obtenido notables minorías en muchas circunscripciones electorales á pesar de todos los manejos de los prefectos.

Persigny trató de borrar la impresión producida por estas elecciones en una circular dirigida el 21 de junio á los prefectos, en la que felicitaba á todos los funcionarios por el celo con que habían ilustrado á las poblaciones sobre los candidatos que debían escoger. Añadía que por vez primera después de diez años se había formado una coalición entre opiniones más ó menos adictas á los gobiernos anteriores, coalición que poseyendo notable influjo en los grandes centros de población, había podido sorprender al sufragio universal, pero que la inmensa mayoría del país había demostrado que Francia no deseaba derrumbar las bases del plebiscito de 1851. El ministro se consideraba todavía tan seguro en su puesto, que dió á los prefectos consejos de cordura y les recomendó la moderación, diciendo que era la verdadera señal de la fuerza del gobierno y de una administración paternal.

Pero Persigny no podía sospechar que mientras redactaba esta circular, re-



VÍCTOR DURUY,
ministro de Instrucción pública